

E. E. Cummings

LA HABITACIÓN ENORME

Traducción del inglés  
Juan Antonio Santos Ramírez

Prólogo  
Susan Cheever

Ilustraciones  
E. E. Cummings

*The Enormous Room*

Copyright © 1978 by the Trustees for the E. E. Cummings Trust  
Publicado por W.W.Norton & Company Ltd.  
Liveright Publishing Corporation  
*All rights reserved*

© de la traducción: Juan Antonio Santos Ramírez, 2019  
© del prólogo: Susan Cheever, 2014

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.  
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid  
info@nocturnaediciones.com  
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: octubre de 2019

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*  
Técnica Digital Press, S.L.

Código IBIC: FA  
ISBN: 978-84-16858-73-6  
Depósito Legal: M-31071-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

## NOTA DEL TRADUCTOR

En su versión original, *La habitación enorme* incluye algunas peculiaridades formales que acaso sorprendan a veces al lector. Entre ellas cabe destacar la supresión de comas, la abundancia de mayúsculas, la contracción de palabras, la sustitución de sustantivos por iniciales y, sobre todo, la profusión de expresiones francesas y en otras lenguas sin subrayar. Todo ello ha sido conservado en la traducción, para la que se ha utilizado la edición de Liveright de 1978, primera que sigue fielmente los manuscritos de Cummings.

## NOTA DEL EDITOR

Como muy pronto descubrirá el lector, *La habitación enorme* mantiene muchas de las peculiaridades de la escritura de E. E. Cummings. En esta edición se han conservado esas peculiaridades, tratando además de ofrecer un texto de ágil lectura.

Todos los términos en francés que aparecen en la obra figuran también traducidos (en su primera aparición) al final del libro mediante notas separadas por capítulos. Cabe, por otra parte, advertir que algunas expresiones francesas estaban originalmente mal escritas.

Además, salvo en los contados casos en que hacerlo dificultaba la lectura, se ha mantenido el singular uso de la puntuación de Cummings, así como su criterio especial para las mayúsculas y las minúsculas. No obstante, sí se han convertido las unidades, generalmente de longitud, al sistema métrico decimal, con el fin de que el lector tenga noción de la cantidad a la que el autor se está refiriendo.

# PRÓLOGO

Susan Cheever

El 7 de abril de 1917, un día después de que los Estados Unidos entraran en la Primera Guerra Mundial, E. E. Cummings hizo lo que se esperaba de un joven en la flor de la edad. Dado que era un licenciado de Harvard de veintitrés años que sabía conducir, se alistó en el Cuerpo de Ambulancias Norton-Harjes y partió hacia los campos de batalla de Francia. Todo lo que ocurrió después fue completamente inesperado.

Rumbo a Europa, a bordo del *La Touraine*, el mareado Edward Estlin Cummings se hizo amigo de otro universitario de la Ivy League llamado William Slater Brown, un rico estudiante de la Escuela de Periodismo de Columbia que compartía su sentido rebelde de la travesura. Brown y Cummings pasaron cinco semanas esperando en París el final de abril y mayo hasta que los equiparon con uniformes y los enviaron al Frente Occidental a servir a las órdenes de Harry Anderson, un mecánico de automóviles del Bronx a quien le caían mal los franceses.

Cummings y Brown adoraban a los franceses. Ya habían aprendido a hablar un buen francés y se lo habían pasado de maravilla en

París. Les caían bien los soldados franceses acantonados en las cercanías de su campamento, entre Ham y San Quintín, y se hicieron amigos de ellos. El Cuerpo de Ambulancias Norton-Harjes, fundado por un rico hombre de Harvard, Richard Norton, para acoger básicamente a otros hombres de Harvard, contaba con unas cincuenta personas para ambulancias y unos veinte vehículos, la mayoría Ford y FIAT.

Aunque ahora Cummings estaba en el Frente Occidental y a pocas millas del Somme, que era entonces uno de los lugares más peligrosos de la Tierra para un poeta (Rupert Brooke ya había muerto allí el año anterior y Wilfred Owen le seguiría poco antes del Armisticio), en el verano de 1917 hubo una pausa en los combates. Cummings y Brown, ambos copiosos escritores de misivas, escribían a sus casas sin recato alguno, describiendo la desmoralización entre las tropas francesas y la incompetencia de los oficiales estadounidenses. Brown, en particular, no ocultaba su desprecio por los Aliados. Ambos se mostraban desafiantes e irritados con sus superiores. No tardaron mucho los oficiales franceses y americanos en empezar a escudriñar sus cartas en busca de indicios de traición.

Cummings siempre reaccionaba con rebeldía ante la autoridad, por lo que enseguida se enemistó con Anderson, su superior inmediato. Tanto Cummings como Brown no tardaron en cambiar de cometido, pasando de conducir ambulancias a lavarlas y abrillantarlas. Cuando Anderson negó a Cummings y Brown un permiso para ir a París, Cummings se puso furioso. «Formé una bocanada de humo y se la arrojé directamente a la cara», escribió a su madre.

Finalmente, un día en que el Cuerpo estaba acampado en Ollezy, a Cummings y a Brown les arrestaron e interrogaron. A Cummings

le pidieron que dijera que odiaba a los alemanes. «Quiero mucho a los franceses», fue todo lo que se avino a decir. Le pidieron que conviniera en que Brown era desleal con los Aliados; se negó. Quedó arrestado, lo trasladaron en coche y después en tren al oeste, y acabó en un campo de detención en Normandía: le Dépôt de Triage de La Ferté-Macé.

Llegó de noche al Dépôt, un lúgubre edificio que había sido un seminario, y lo llevaron a una habitación tan oscura que no veía absolutamente nada. Pero en aquella oscuridad oía los ruidos de muchos hombres; una tos cascada aquí, un crujido de paja allá cuando alguien se revolvía en su jergón, el chapoteo del agua en un cubo: era verdaderamente una habitación enorme, de unos veinticinco por doce metros, en la que él y Brown pasarían los siguientes tres meses con otros cuarenta y tantos hombres como los presos más literarios, animosos y despreocupados del mundo.

Aunque, al haber sido trasladados al oeste, lejos del Somme, Cummings y Brown estaban mucho más seguros que en los espantosos campos de batalla del Frente Occidental, las condiciones en La Ferté-Macé eran muy severas. Aquel centro de detención para docenas de tipos diferentes (desertores, pacifistas, agitadores o personas que habían estado en el lugar y el momento equivocados) disponía de escasas provisiones para sus internos, que dormían en la misma habitación sobre jergones infestados de chinches, con cubos que hacían las veces de letrinas. El suelo estaba frío; las paredes, húmedas por la condensación en aquella vieja capilla. La rutina diaria empezaba a las seis y media e incluía un rato de ejercicio en un patio y dos comidas de sopa aguada. Cummings y Brown, que habían acabado milagrosamente en el mismo lugar, se mostraron animosos como

siempre y fingieron estar encantados con el giro de los acontecimientos que había dado con sus huesos en la cárcel.

Cummings actuó durante toda su vida como si el mundo fuera un lugar alegre y despreocupado, que recompensaría su animosa fe con recursos y benevolencia. Su actitud, más que a una actitud aristocrática de *noblesse oblige*<sup>1</sup>, obedecía a su convicción de que el deleite y la generosidad le serían pagados con seguridad. Se asomaba al universo con una confianza que a veces parecía arriesgada, pero que siempre le recompensaba.

Como resultado de ello, el preso Cummings lo pasó mejor que sus preocupados padres en el lejano y confortable Cambridge. «No te puedes imaginar, madre mía, la vida tan interesante que llevo aquí», escribió a Rebecca Cummings. Tras describir los ronquidos por la noche en la habitación y los olores que, si les hubieran permitido tener uno, habrían podido cortar con un cuchillo, bromeaba: «No lo cambiaría por nada del mundo... ¡Estoy seguro de que me creerás si te repito que me lo estoy pasando mejor que nunca!». Al fin, pensaba Cummings, Brown y él se habían librado de la estupidez brutal de Harry Anderson y del sistema militar de castas, y estaban libres para disfrutar de la diversidad del mundo... Libres, claro está, en sentido figurado.

En las cartas que escribía a casa, Cummings describía alegremente tanto los cubos-retrete como la panoplia de personajes con que se encontró en el campo de detención. Conoció a un hombre llamado conde Charles Bragard que había conocido al pintor Paul Cézanne; a Fritz, un fogonero de barco noruego; a un apuesto gitano barbudo que Cummings apodó «El Vagabundo»; y al «Oso», un apuesto polaco. Otro preso, que había sido un brillante retratista ecuestre, pre-

guntó a Cummings si conocía a su amigo Cornelius Vanderbilt. «Tenía ante mí un tipo perfecto —escribió jocosamente Cummings en su memoria—, la apoteosis de la nobleza ofendida, la víctima humillada por circunstancias completamente desgraciadas, el caballero digno de todo respeto que había conocido mejores días».

Mientras Cummings bebía café aguado, se rascaba la piel cubierta de sarpullidos y alternaba con exóticos extranjeros, su padre se iba sumiendo en el tipo de cólera imponente y temible en que se puede sumir un catedrático de Harvard y ministro de la Iglesia Unitaria. Tras recibir un telegrama de Richard Norton, fundador del cuerpo de ambulancias, en el que le decía que su hijo estaba en un campo de concentración, Edward Cummings entró en acción. Primero escribió a la Embajada americana en París, luego al Departamento de Estado de los Estados Unidos, que enseguida lo abarcó al retortero burocrático. Nadie sabía dónde estaba su hijo; era tiempo de guerra en Francia.

El 26 de octubre, el Departamento de Estado cometió un error que exacerbó la furia de Edward Cummings: recibió un telegrama en el que le informaban de que su hijo, un tal H. H. Cummings, se había hundido con el buque *Antilles*, torpedeado por los alemanes. En los dos días que tardaron en corregir este error, la cólera de Edward Cummings se redobló. Finalmente, escribió una carta al presidente Wilson, el alegato de un padre a otro, pidiendo información sobre el paradero de su hijo. Ya fuera porque esta carta surtió efecto o porque La Ferté-Macé estaba concebida para estancias de tres meses, el caso es que al final liberaron a Cummings, y en enero lo mandaron a casa.

Pese a todo su coraje y a todas sus alharacas sobre las delicias de la cárcel, Cummings llegó a casa escuálido y enfermo, exhausto y

deprimido, desnutrido y atormentado por varias infecciones cutáneas. Su amiga Hildegarde Watson, que dio un banquete en Nueva York para celebrar su regreso, advirtió que su amigo Estlin Cummings había perdido la sonrisa.

Mientras tanto, Edward Cummings no había perdido la rabia. Pensaba entablar una demanda judicial internacional contra la Cruz Roja, el Gobierno francés y, quizás, el Departamento de Estado de los Estados Unidos. Afortunadamente para nosotros, E. E. Cummings no estaba tan enfermo para darse cuenta de la futilidad de la cólera de su padre. En lugar de una demanda judicial, le sugirió que escribiera un libro que fuera una acusación contra los poderes fácticos y un informe furioso sobre la terrible manera en que habían tratado a la familia Cummings. Edward se mostró de acuerdo e, incluso, se ofreció a pagar a su hijo por escribirlo.

*La habitación enorme* es una memoria vívida y detallada de tres meses, pero de alguna manera es también la clave de toda la voluminosa obra de Cummings en prosa y poesía. Aquí están los detalles físicos descritos de una forma tan gráfica que el lector se siente hambriento, eufórico y débil. Aquí está el deleite en todas las cosas que otros ven como adversidad. Aquí está la colisión de un código caballeresco de aristócratas yanquis con la penalidad física. Aquí están la fuerza del carácter, la elegancia furiosa y la presunción de que el mundo es bueno, asuntos que inspirarían todo lo escrito por E. E. Cummings en los cuarenta años que aún tenía por delante.

# PRÓLOGO

a la primera edición de 1922

«Porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado».

Se había perdido en el Cuerpo de Ambulancias Norton-Harjes.

Estaba oficialmente muerto por obra de un error de información oficial.

Lo había sepultado el Gobierno francés.

Se tardó casi tres meses en encontrarle y devolverle a la vida... con la ayuda de amigos poderosos y voluntariosos a ambos lados del Atlántico. Los documentos siguientes cuentan la historia.

104 Irving Street, Cambridge  
8 de diciembre de 1917

Presidente Woodrow Wilson  
Casa Blanca  
Washington D. C.

Señor Presidente:

Parece criminal reclamar un solo instante de su tiempo, pero, según me aconsejan encarecidamente, sería más criminal demorarse en llamar su atención sobre un crimen contra la ciudadanía americana en el que el Gobierno francés ha persistido durante muchas semanas, a pesar de las constantes apelaciones dirigidas al embajador americano en París y a pesar de las consiguientes gestiones realizadas por el Departamento de Estado en Washington a instancias de mi amigo el Honorable Señor...

Las víctimas son dos conductores americanos de ambulancia: Edward Estlin Cummings, de Cambridge, Massachussets, y W... S... B...

Hace dos meses estos dos jóvenes fueron arrestados, sometidos a numerosas indignidades, arrastrados por Francia como criminales y encerrados a cal y canto en un campo de concentración en La Ferté-Macé, donde, según las últimas informaciones, permanecen todavía a la espera de que el ministro del Interior tome una decisión definitiva sobre las conclusiones de una Comisión que juzgó sus casos en una fecha tan lejana como el 17 de octubre.

Las personas consultadas en París, tanto en privado como a título oficial, coinciden en que no se ha formulado ningún cargo en absoluto contra Cummings. Ha sido sometido a este trato ultrajante únicamente por su estrecha amistad con el joven B..., cuyo único delito, por lo que se sabe, es que algunas cartas que escribió a amigos suyos en los Estados Unidos fueron malinterpretadas por el exceso de celo de un censor francés.

No hace sino redoblar la indignidad y la ironía de la situación el hecho de que el joven Cummings sea un amante entusiasta de Francia, y tan leal a los amigos que ha hecho entre los soldados franceses que,

aun cuando su salud se resiente de su injusto encarcelamiento, disculpa la ingratitud del país en el que ha servido y por el que ha arriesgado su vida llamando la atención sobre la atmósfera de intensa sospecha y recelo que han provocado de forma natural las penosas experiencias que ha tenido Francia con los expedicionarios extranjeros.

Tenga la seguridad, señor Presidente, de que he esperado mucho tiempo —parecen siglos— y he agotado todos los demás recursos disponibles antes de aventurarme a molestarle.

1. Tras muchas semanas de vanos esfuerzos por conseguir una acción efectiva por parte del embajador americano en París, Richard Norton, del Cuerpo de Ambulancias Norton-Harjes, al que pertenecen los muchachos, quedó completamente desmoralizado y me aconsejó que buscara ayuda aquí.
2. Los esfuerzos del Departamento de Estado en Washington tuvieron el siguiente resultado:
  - a. Un telegrama de París en el que se decía que no se había presentado ningún cargo contra Cummings y se daba a entender que sería rápidamente puesto en libertad.
  - b. Poco después, un segundo telegrama en el que se notificaba que Edward Estlin Cummings se había embarcado en el *Antilles* y había sido dado por desaparecido.
  - c. Una semana más tarde, un tercer telegrama en el que se corregía este error cruel y se aseguraba que la Embajada estaba haciendo todo lo posible por localizar a Cummings..., pues, al parecer, todavía ignoraban incluso el lugar de su encarcelamiento.

Tras unas experiencias tan penosas y desconcertantes, me dirijo a usted, aun sabiendo como sé que tiene que cargar, en esta crisis mundial,

con la tarea más onerosa que jamás haya caído sobre los hombros de hombre alguno.

Pero tengo otra razón para pedir este favor. No hablo sólo por mi hijo, o sólo por él y su amigo. Mi hijo tiene una madre, tan valerosa y patriótica como cualquier otra madre que haya entregado un hijo único a una gran causa. Las madres de nuestros hijos en Francia tienen derechos, como los tienen los propios muchachos. La madre de mi hijo tiene el derecho a estar protegida contra las semanas de la horrible ansiedad e incertidumbre causadas por su inexplicable arresto y encarcelamiento. La madre de mi hijo tiene el derecho de ahorrarse la suprema agonía causada por un torpe telegrama de París en el que se decía que se había ahogado tras el ataque de un submarino. (Un error que el señor Norton, según me cablegrafió posteriormente, había descubierto seis semanas antes). La madre de mi hijo y todas las madres americanas tienen el derecho de estar protegidas contra toda ansiedad y dolor innecesarios.

Perdóneme, señor Presidente, pero si yo fuera presidente y su hijo estuviera padeciendo una injusticia tan prolongada a manos de Francia, y si la madre de su hijo hubiera tenido que vivir innecesariamente tantas semanas en el infierno como ha tenido que vivir la madre del mío, haría algo para que la ciudadanía americana fuera tan sagrada a los ojos de los franceses como lo era la ciudadanía romana a los ojos del mundo antiguo. Entonces bastaba con hacer la pregunta: «¿Es legal azotar a un hombre que es romano y no ha sido condenado?». ¡Ahora, en Francia, parece legal tratar como a un criminal condenado a un hombre que es americano, no ha sido condenado y al que se reconoce como inocente!

Muy respetuosamente,

*Edward Cummings*

Esta carta se recibió en la Casa Blanca. Todavía es un misterio si se recibió con simpatía o con callada desaprobación. Un funcionario de Washington, amigo en la adversidad y amigo de verdad durante esta dura experiencia, tuvo la precaución de hacerla entregar por mensajero. De otro modo, el temor de que se «perdiera en el correo» hubiera añadido otra punzada de incertidumbre a las prolongadas y refinadas torturas infligidas a los padres por la alternancia de informaciones erróneas y el silencio oficial. No cabe duda de que el estetoscopio oficial estaba entonces auscultando el corazón del mundo y quizá fuera mucho esperar que malgastaran siquiera una postalita en dolores de corazón privados.

En cualquier caso, la carta indicaba dónde había que buscar a los chicos perdidos, algo que el Gobierno francés no podía o no quería revelar, a pesar de la presión constante de la Embajada americana en París y de los esfuerzos constantes de mi amigo Richard Norton, que era el jefe del destacamento de ambulancias Norton-Herjes donde habían sido secuestrados.

No tardaron en ser liberados, como se cuenta en la siguiente carta dirigida al comandante..., miembro del equipo del juez abogado general en París.

20 de febrero de 1918

Estimado señor...:

Esta mañana ha llegado su carta del 30 de enero, que había estado esperando con gran interés desde que recibí su telegrama. Mi hijo

llegó a Nueva York el 1 de enero. Estaba en mala forma física como resultado de su encarcelamiento: muy por debajo de su peso, padecía una aguda infección cutánea que había contraído en el campo de concentración. No obstante, habida cuenta de las extraordinarias facilidades que ofrecía el campo de detención para contraer enfermedades peligrosas, debe sin duda felicitarse por haber salido de allí con una de las menos dañinas. La atención médica en el campo estaba totalmente a la altura de las condiciones higiénicas generales del lugar, por lo que sólo tuvo alguna posibilidad de mejorar cuando empezó a recibir un tratamiento médico competente tras su liberación y a bordo del barco. Un mes de tratamiento médico competente aquí parece haberle librado de ese penoso recordatorio de la hospitalidad oficial. En este momento está visitando a unos amigos en Nueva York. Si estuviera aquí, estoy seguro de que se uniría a mí y a su madre en la expresión de nuestro agradecimiento por el interés que se ha tomado y los esfuerzos que ha hecho.

Me alegra decir de W... S... B... que se espera que llegue esta semana a Nueva York a bordo del *S. S. Niagara*. La noticia de su liberación y posterior partida nos llegó por telegrama. Lo que dice usted sobre el estrés nervioso que padecía, como explicación de las cartas censuradas por las autoridades, lo respaldan enteramente informaciones de primera mano. El tipo de acoso al que el joven estaba sometido era suficiente para trastornar un temperamento menos sensible. Dice mucho de la índole de su entorno que este trato sólo provocara el resentimiento de uno de sus compañeros y que incluso esta manifestación de simpatía humana normal se considerase «sospechosa». Si está usted en lo cierto al caracterizar el estado de B... como más o menos histérico, ¿qué cabría decir del estado de cosas que hizo posible el trato

que ambos recibieron? Me alegro de que B... escribiera a la Embajada la carta tan sensata y viril que menciona usted. Cuando haya tenido la oportunidad de hablar con él, estaré en una mejor posición para llegar a una conclusión sobre determinadas cuestiones respecto a las cuales me abstengo ahora de expresar una opinión.

Sólo añadiré que no comparto en absoluto su complacencia con respecto al trato que recibió mi hijo. El hecho mismo de que, como dice, no se presentara ningún cargo contra él y de que no siguiera detenido bajo sospecha durante muchas semanas después de que la Comisión juzgara su caso y notificara al ministro del Interior que debía ser puesto en libertad me lleva a una conclusión exactamente contraria a la que usted expresa. Me parece imposible que cualquier gobierno cabal no reconozca que esa medida resultaba del todo irracional. Además, la «detención bajo sospecha» fue sólo una pequeña parte de lo que en realidad ocurrió. Por poner un único ejemplo, recordará usted que, tras muchas semanas de persistentes esfuerzos por conseguir información, la Embajada seguía ignorando los hechos, hasta tal punto que cablegrafió la noticia de que mi hijo se había embarcado en el *Antilles* y había sido dado por desaparecido. Y, cuando se convenció de ese error, la Embajada cablegrafió que estaba haciendo todo lo posible por localizar a mi hijo. Parece que hasta ese momento las autoridades no habían siquiera condescendido a informar a la Embajada de los Estados Unidos sobre el lugar donde estaba encarcelado este inocente ciudadano americano, por lo que una notificación errónea de su muerte se consideró una explicación adecuada de su desaparición. Si yo hubiera aceptado esta notificación y no hubiera emprendido otras gestiones, no es en modo alguno seguro que ahora no estuviera muerto.

Soy libre de decir que, en mi opinión, ningún gobierno que se respete debería permitir que uno de sus ciudadanos, contra el que no se ha formulado ninguna acusación, se vea sometido a tan prolongados perjuicios e indignidades por parte de un gobierno amigo sin elevar una protesta enérgica. Considero un deber patriótico, además de una cuestión de amor propio, hacer todo lo que se pueda para que esa protesta se presente. Sigo teniendo una opinión demasiado elevada de mi propio Gobierno y del Gobierno de Francia como para creer que un incidente tan desafortunado dejará de recibir la atención que merece. Si estoy equivocado, y los ciudadanos americanos deben esperar sufrir tales perjuicios e indignidades a manos de otros gobiernos sin que el suyo propio haga ningún esfuerzo por protestar y obtener un desagravio, creo que el público debería conocer la humillante verdad. Sería una lectura muy interesante. Le toca decidir a mi hijo las medidas que emprenderá.

Me alegra saber que su hijo también va a volver. Espero tener el gran placer de conversar con él.

No tengo palabras para expresar mi gratitud a usted y otros amigos por la simpatía y la ayuda que he recibido. Si se ha incurrido en algún gasto por mi causa o la de mi hijo, le ruego me permita tener el placer de reembolsarlo. En el mejor de los casos, quedo para siempre deudor suyo.

Deseándole lo mejor, le saluda cordialmente

*Edward Cummings*

No voy a la zaga de nadie en mi entusiasmo por la causa de Francia. Su causa fue la nuestra y la de la civilización, y lo trágico es que tar-

dáramos tanto en descubrirlo. Yo hubiera arriesgado mi vida de buen grado por ella, como mi hijo arriesgó la suya, y como hubiera vuelto a arriesgarla si la partida de su regimiento hacia Europa no hubiera sido suspendida por el Armisticio.

Francia estaba asediada por enemigos, tanto dentro como fuera de sus fronteras. Algunos de los «sospechosos» eran miembros de sus estamentos oficiales. Su ministro del Interior acabó en la cárcel. Estaba obnubilada por el miedo. Su existencia estaba en peligro. En tales circunstancias cabía esperar que se cometieran excesos. Pero es precisamente en momentos así cuando más necesitan y más derecho tienen los ciudadanos americanos a la protección de su Gobierno.

*Edward Cummings*

# CAPÍTULO I

## Inicio una peregrinación

Mi amigo B y yo habíamos logrado quedar eximidos ya de casi tres de nuestros seis meses de compromiso como *Conducteurs Volontaires, Section Sanitaire Vingt-et-Un, Ambulance Norton-Harjes, Croix Rouge Américaine*<sup>2</sup>, y en el momento, de cuya importancia se encargaría de mostrar la subsiguiente experiencia, acabábamos de ultimar la desagradable tarea de limpiar y engrasar (*nettoyer*<sup>3</sup> es la palabra apropiada) el cochecito privado del *chef*<sup>4</sup> de sección, un caballero que llevaba el cómodo nombre de señor A. Para decirlo con una cadencia característica de Nuestro Gran Presidente: la vívida satisfacción que se suponía que debíamos haber obtenido de la realización de una labor tan importante en la salvación de la civilización de las garras de la tiranía prusiana se veía en cierta manera restringida, desgraciadamente, por una completa ausencia de relaciones cordiales entre el hombre que el destino había situado sobre nuestras personas y nosotros. O, para usar el lenguaje americano corriente, B y yo y el señor A no nos llevábamos bien. Estábamos fundamentalmente en desacuerdo sobre la actitud que nosotros, los americanos, debíamos mantener hacia los *poilus*<sup>5</sup> en ayuda de los cuales nos habíamos alistado voluntarios, pues el señor A sostenía que «Vosotros, muchachos,

debéis apartaros de esos sucios franceses» y que «Estamos aquí para enseñar a esos bastardos cómo se hacen las cosas en América», a lo que nosotros contestábamos aprovechando cualquier oportunidad para confraternizar. Si se tiene en cuenta que ocho sucios franceses estaban destinados en la sección con diversos cometidos (cocinero, avituallador, chófer, mecánico, etc.) y que la propia sección estaba encuadrada en un ala del ejército francés, la confraternización resultaba fácil. Pues bien, cuando vio que no teníamos la menor intención de adoptar sus ideales, el señor A (junto con el *sous-lieutenant*<sup>6</sup> que le servía de intérprete, pues el conocimiento del *chef* de la lengua francesa, obtenido durante varios años de heroico servicio, consistía en su mayor parte en «*Sar marche*» y «*Deet donk moan vieux*»<sup>7</sup>) limitó sus esfuerzos a negarnos el privilegio de servir como conductores, con la excusa de que nuestra apariencia personal era una deshonra para la sección. Debo decir que en esto el señor A no hacía sino mantener la tradición ideada en un principio por su predecesor, un tal señor P, antiguo alumno de Harvard, que hasta su partida de la *Vingt-et-Un* consiguió hacernos la vida completamente imposible a B y a mí. Antes de dejar esta penosa cuestión me permito indicar que, al menos en lo que a mí se refería, dicha tradición tenía un sólido fundamento en mi propia disposición hacia la dejadez y lo que *Le Matin*<sup>1</sup> (si no recordamos mal) motejaba ingeniosamente como *la boue héroïque*<sup>8</sup>.

Una vez concluido el *nettoyage*<sup>9</sup> (en el que a estas alturas éramos expertos, gracias a la costumbre del señor A de encargarnos lavar cual-

---

<sup>1</sup> *Le Matin* (1883-1944) fue un diario conservador, luego de la extrema derecha de Vichy, que desapareció con la liberación de Francia en 1944.



quier coche cuyo conductor y ayudante pudieran considerar demasiado sucio para sus propias manos), nos dirigimos en busca de un poco de agua para uso personal. B terminó rápidamente sus abluciones. Deambulaba yo despreocupado y solo, con un histórico *morceau de chocolat*<sup>10</sup> en la mano, desde el vagón de cocina hacia una de las dos tiendas que por la noche albergaban no sin quejas a unos cuarenta americanos hacinados, cuando un pulido, por no decir reluciente, caballero ataviado con un uniforme francés sospechosamente discreto, se dejó conducir hasta el *bureau*<sup>11</sup> por dos pulcros soldados con sombreros de lata en un Renault cuya trabajosa limpieza avergonzaba mis recientes esfuerzos. «Debe de ser por lo menos un general», pensé, lamentando el carácter extremadamente informal de mi uniforme, uniforme que consistía en un mono de trabajo y un cigarrillo.

Tras observar furtivamente cómo el caballero se apeaba y recibía una ceremoniosa bienvenida por parte del *chef* y el susodicho teniente

francés agregado a la sección en calidad de intérprete, me dirigí con premura hacia una de las tiendas, donde encontré a B ocupado en amontonar todas sus pertenencias en una pila central de terroríficas proporciones. Le rodeaba un grupo de camaradas-héroes que acogió mi llegada con considerable entusiasmo.

—Tu socio se larga —dijo alguien.

—Va a París —añadió sin que le preguntaran uno que llevaba tres meses intentando ir allí.

—Querrás decir a la cárcel —observó un inveterado optimista sobre cuyo carácter se dejaban sentir los efectos del clima francés.

Aunque confuso por la elocuencia del inmutable silencio de B, asocié inmediatamente su presente situación con la llegada del misterioso desconocido, y salí en el acto resuelto a preguntar a uno de los sombreros de lata la elevada identidad y sagrada misión de su personaje. Sabía que, con excepción de nosotros, a todos los de la sección les habían dado su permiso de *sept jours*<sup>12</sup> (incluso a dos soldados que habían llegado más tarde que nosotros y cuyo turno debería en consecuencia haber sido después que el nuestro). También sabía que, en el puesto de mando de Ambulancias, *7 rue François premier, se trouvait*<sup>13</sup> *monsieur* Norton, el jefe supremo de la Hermandad Norton-Harjes, que en otros tiempos había conocido a mi padre. Sumando dos y dos, decidí que este potentado había enviado un emisario al señor A para pedir explicaciones de los variados y diversos ultrajes y afrentas a que habíamos estado sometidos mi amigo y yo, y más concretamente para asegurar nuestro tan demorado permiso. Así pues, me sentía muy animado mientras me dirigía hacia el *bureau*.

No tuve que ir muy lejos. El misterioso, en conversación con *monsieur le sous-lieutenant*, se cruzó conmigo a mitad de camino.

Cacé al vuelo las palabras: «Y Cummings —la primera y última vez que mi nombre fue correctamente pronunciado por un francés— ¿dónde está?».

—Presente —dije yo, efectuando un saludo al que ninguno de los dos prestó la menor atención.

—Ah, sí —observó de forma hermética el misterioso en un inglés realmente higiénico—. Debe meter todos sus efectos en el coche de inmediato.

Luego, dirigiéndose a sombrero-de-lata-primero, que apareció de modo mágico junto al codo de su amo, añadió:

—*Allez chercher ses affaires avec lui, tout de suite*<sup>14</sup>.

La mayor parte de mis *affaires* estaba en la vecindad de la *cuisine*<sup>15</sup>, donde se alojaban el *cuisinier*, *mécanicien*, *menuisier*<sup>16</sup>, etc., que me habían hecho un sitio (desde hacía unos diez días) por su propia iniciativa, librándome así de la humillación de dormir con diecinueve americanos en una tienda cuyas dos terceras partes estaban siempre llenas de barro. Allá conduje al sombrero-de-lata, que lo examinaba todo con sorprendente interés. Recogí apresuradamente *mes affaires* (incluyendo algunos accesorios menores que iba a dejar allí, pero que el s-1 me mandó incluir) y salí con un macuto bajo un brazo y un catre plegable bajo el otro para encontrarme con mis excelentes amigos, los sucios franceses ya mencionados. Todos ellos salieron de golpe por una puerta, con aspecto bastante pasmado. Resultaba ciertamente preciso decir algo a modo de explicación y también como despedida, así que pronuncié un discurso en mi mejor francés:

—Caballeros, amigos, camaradas: me voy de inmediato y mañana seré guillotinado.

—Oh, apenas guillotinado, diría yo —observó s-1 con una voz que a pesar de mi elevada moral me dejó helado; entretanto, el cocinero y el carpintero abrían la boca de modo audible, y el mecánico se agarraba para apoyarse en un carburador irremediablemente estropeado.

Uno de los coches de la sección, un FIAT, esperaba ya listo. El general Nemo me prohibió de forma terminante que me acercara al Renault (en el que ya estaba depositado el equipaje de B) y con un ademán me ordenó meterme en el FIAT con el petate y todo lo demás; acto seguido, s-1 entró de un brinco y se sentó frente a mí con una postura perfectamente tensa que, pese a mi ya mencionada exultación por abandonar la sección en general y al señor A en particular, me impresionó como si fuera casi amenazadora. A través del parabrisas vi partir a mi amigo con s-1 número 2 y Nemo. Después, tras despedirme a toda prisa con la mano de *les américains*<sup>17</sup> que conocía —concretamente tres—, intercambiar afectuosos saludos con el señor A (quien admitió que en verdad sentía mucho perdernos), sentí la sacudida de la arrancada y salimos en pos de ellos.

Cualesquiera hubieran sido los presentimientos inspirados por la actitud de s-1 número 1, quedaron anulados por la emocionante alegría que experimenté al perder de vista la maldita sección y sus asnales habitantes, por la incontestable y auténtica emoción de ir a alguna parte y a ninguna bajo los milagrosos auspicios de alguien y de nadie, al verme arrancado de las putrescentes banalidades de una inexistencia oficial y arrojado a una alta y clara aventura por un *deux ex machina* de uniforme azul grisáceo y un par de cascos de acero. Silbé y canté y grité a mi *vis-à-vis*<sup>18</sup>:

—A propósito, ¿quién es ese distinguido caballero que ha tenido la bondad de sacarnos a dar este paseíto a mi amigo y a mí?

A lo que, entre los bandazos del traqueteante FIAT, agarrándose a la ventanilla para mantener el equilibrio, s-1 respondió con temor reverencial:

—*Monsieur le Ministre de Sûreté de Noyon*<sup>19</sup>.

Sin la menor idea de lo que aquello podía significar, sonreí. Una sonrisa de respuesta, que visitó sin ceremonia las cansadas mejillas de mi *confrère*<sup>20</sup>, terminó enlazando sus enormes y respetables orejas, atezadas ingratamente por el holgado *casque*<sup>21</sup>. Saltando desde aquellas orejas, mis ojos se posaron sobre el casco y advirtieron por primera vez un emblema, una especie de pequeña explosión floreciente o peluca exuberante. Me pareció muy jovial y un poco absurdo.

—¿Vamos a Noyon, pues? —s-1 se encogió de hombros.

En aquel momento se le voló la gorra al conductor. Le oí maldecir, y vi la gorra rodando tras el coche. Mientras el FIAT paraba de golpe, me puse en pie y me dispuse a saltar al suelo; luego detuve mi vuelo en mitad del aire y aterricé en el asiento, atónito. El revólver de s-1, que había saltado de su funda con mi primer movimiento, volvió a deslizarse dentro del nido. El dueño del revólver murmuraba algo bastante desagradable. El conductor (que era un americano de la *Vingt-et-Un*) estaba dando marcha atrás, en vez de ir él mismo a recoger su gorra. Mi mente parecía súbitamente vuelta del revés. Me quedé pensando y no dije nada.

En marcha de nuevo, más deprisa para recuperar el tiempo perdido. Suponiendo correctamente que s-1 no entendía el inglés, el conductor inició una breve conversación a través de la ventanilla:

—Por el amor de Dios, Cummings, ¿qué pasa?

—Me habéis cazado —dije, riéndome de la deliciosa ingenuidad de la pregunta.



—¿Hiciste algo para que te echaran el guante?

—Probablemente —respondí con aire importante y distraído, sintiendo una nueva dignidad.

—Bueno, si tú no lo hiciste, tal vez fuera B.

—Tal vez —contesté, tratando de no parecer entusiasmado. De hecho, nunca había estado tan emocionado y orgulloso. ¡Sin duda era un criminal! Bueno, bueno, a Dios gracias una cuestión quedaba resuelta del todo y para bien: ¡se acabó la *section sanitaire* para mí! Se acabó el señor A con sus sermones diarios sobre limpieza, conducta, etc. Sin poder contenerme, empecé a cantar. El conductor me interrumpió:

—Te oí hablar en francés con el capota de lata. ¿Qué cuenta?

—Que ese pollo del Renault es el poli supremo de Noyon —contesté sin pensar.

—ADIÓS. Quizá sea mejor que colguemos o te buscarás problemas con —señaló a s-1 con un movimiento de cabeza que se trasmis-

tió al coche, provocando un magnífico patinazo; y el casco de s-1 repicó mientras s-1 chocaba de un lado a otro del coche.

—Así que hiciste sonar la campana —le alabé; luego, volviéndome hacia s-1, observé educadamente—: Bonito coche para transportar heridos.

S-1 no contestó nada...

Noyon.

Seguimos, sin detenernos, hasta algo que recuerda desagradablemente a una mazmorra feudal. Ahora le mandan al conductor que esté en alguna parte a cierta hora y que, entre tanto, coma con el Poli Supremo, al que encontrará nada más volver la esquina —estoy traduciéndoselo a s-1— y, oh, sí, parece que el Poli Supremo ha requerido de modo especial la compañía de este distinguido americano para el *déjeuner*<sup>22</sup>.

—¿Se refiere a mí? —preguntó con inocencia el conductor.

—Claro —le dije.

No se ha dicho nada de B o de mí.

Ahora, con cautela, primero s-1 y poco después yo nos apeamos. El FIAT arranca, con la cabeza del distinguido americano vuelta y asomada más o menos un metro, un distinguido rostro tan asolado por la perplejidad que provoca una risotada por mi parte.

—*Vous avez faim?*<sup>23</sup>

Era el antes feroz quien hablaba. Recordé que un delincuente es alguien contra el que se puede utilizar con suma habilidad todo cuanto dice y hace. Tras sopesar la cuestión en mi mente durante unos instantes, decidí decir la verdad a toda costa y contesté:

—Podría comerme un elefante.

S-1 me condujo enseguida a la Cocina Misma, me sentó a la mesa en un taburete y amonestó con fiera voz al cocinero:

—¡En nombre de la República Francesa, dale algo de comer a este gran criminal!

Y, por primera vez en tres meses, probé Comida.

S-1 se sentó a mi lado, abrió una enorme navaja y se puso a comer, tras haberse quitado previamente el casco de acero y desabrochado el cinturón.

Uno de los recuerdos más agradables relacionados con aquella irrevocable comida es el de una mujer grande, amable y fuerte que entró con mucha prisa y al verme exclamó:

—¿Qué es eso?

—Es un americano, madre —contestó s-1 con la boca llena de patatas fritas.

—*Pourquoi qu'il est ici?*<sup>24</sup>

La mujer me tocó en el hombro y se convenció de que era real.

—El buen Dios sabrá sin duda la razón —dijo s-1 agradablemente—. Yo no, pues soy el...

—*Ah, mon pauvre*<sup>25</sup> —dijo esta bellísima persona—. Aquí vas a ser un preso. Cada preso tiene una *marraine*<sup>26</sup>, ¿entiendes? Yo soy su *marraine*. Los quiero y los cuido. Bueno, escucha: seré también tu *marraine*.

Incliné la cabeza y busqué a mi alrededor algo para brindar por ella. S-1 me observaba. Mis ojos se posaron sobre un vaso enorme lleno de rojo *pinard*<sup>27</sup>.

—Sí, bebe —dijo mi apresador con una sonrisa.

Alcé mi enorme vaso.

—*A la santé de ma marraine charmante*<sup>28</sup>.

Este rasgo de galantería ganó completamente al cocinero (un francés pequeñajo y ágil), que echó varias paletadas de patatas en mi plato ya vacío. El casco de acero lo aprobó también:

—Eso es, come, bebe; quizá lo necesites después.

Y su navaja guillotiné otra deliciosa rebanada de pan blanco.

Al fin, saciado de placeres, me despedí de mi *marraine* y dejé que s-1 me condujera (yo delante, como siempre) al piso de arriba, hasta un pequeño cuchitril cuyo interior exhibía dos colchones, un hombre sentado a la mesa y un periódico entre las manos del hombre.

—*C'est un américain*<sup>29</sup> —dijo s-1 a modo de presentación.

El periódico se separó del hombre, que dijo:

—Bienvenido de veras. Está usted en su casa, señor americano.

Y se retiró. Mi apresador se desplomó al instante sobre uno de los colchones. Pedí permiso para hacer lo mismo sobre el otro, favor que me fue somnolientemente concedido. Con los ojos medio cerrados, mi ego reposaba y meditaba: la deliciosa comida que acababa de disfrutar, lo que iba a pasar, los gozos de ser un gran criminal... Después, sin ninguna gana de dormir, leí de cabo a rabo *Le Petit Parisien*<sup>11</sup>, incluso *Les Voies Urinaires*.

Cosa que me recordó... Desperté a s-1 y le pregunté:

—¿Puedo ir a la *vespasienne*<sup>30</sup>?

—Abajo —contestó con voz pastosa, y volvió a dormirse.

No había nadie en el patiecillo. De vuelta al cuchitril, me entreteuve un poco. Las escaleras estaban anormalmente sucias. Cuando entré de nuevo, s-1 roncaba entre dientes. Volví a leerme todo el periódico. Debían de ser alrededor de las tres.

De pronto, s-1 se despertó, estiró y dobló su persona, y murmuró:

—Es la hora, vamos.

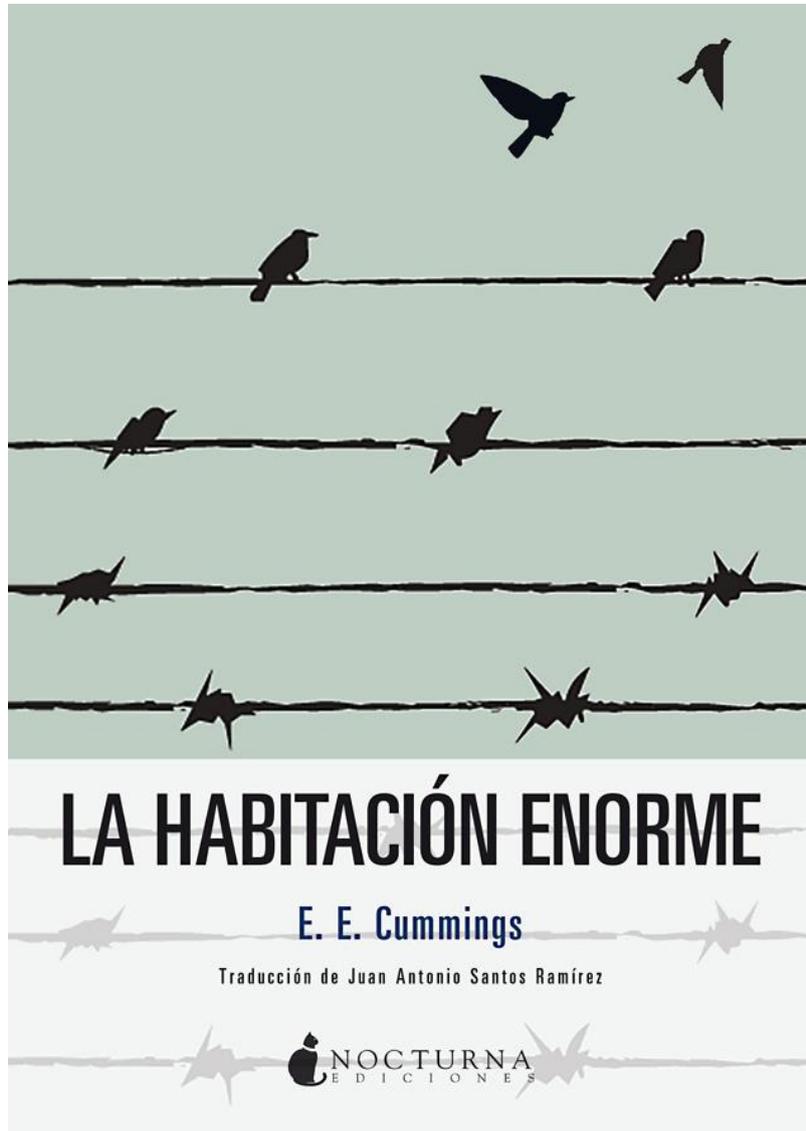
---

<sup>11</sup> *Le Petit Parisien* (1876-1944) fue un periódico francés que tuvo mucho éxito durante la Primera Guerra Mundial. Después se convirtió en la voz del gobierno colaboracionista de Vichy. Al final de la Segunda Guerra Mundial desapareció.

SIGUE LEYENDO

LA HABITACIÓN ENORME

E. E. Cummings



ISBN: 978-84-16858-73-6 | PVP: 19,00 € | A la venta: 28-10-2019

 NOCTURNA  
EDICIONES

[www.nocturnaediciones.com](http://www.nocturnaediciones.com)